Un año más tarde, las ideas de Fidel acerca de las relaciones Cuba-EE.UU. siguen siendo la principal guía

Por: Arnold August
Globalizacion, 26 de noviembre 2017
TeleSUR 24 November, 2017

Región: América Latina, Caribe
Tema: Historia

El 17 de diciembre de 2014, el mundo fue testigo del sorpresivo anuncio simultáneo de los Presidentes Raúl Castro y Barack Obama, acerca del restablecimiento de las relaciones diplomáticas, interrumpidas más de cinco décadas atrás. Sin embargo, flotaba en el aire la falacia de que esta decisión representaba un paso hacia la "normalización". Aquél día, Obama afirmó que la medida estaba dirigida a "normalizar las relaciones entre los dos países." No obstante esta histórica decisión, se trataba de la reapertura de las respectivas embajadas y no significaba en absoluto que el camino iba de hecho hacia la normalización. No se trataba de eso.

De hecho, la "normalización" contradice la propia lógica detrás del 17 de diciembre de 2014 (fecha conocida por los cubanos como el "17D"), cuya decisión de Obama indicaba que Estados Unidos consideraba que su política hacia Cuba había sido un fracaso, dado que no se lograron alcanzar los objetivos estadounidenses, entre otras cosas, de llevar la "democracia" a Cuba (a la manera del sistema multipartidista estadounidense), o presionar a Cuba hacia una "economía abierta" (economía de mercado o capitalismo). La política tampoco tuvo éxito –en efecto, fracasó− en su objetivo de aislar a Cuba del resto de América Latina. Como consecuencia, Estados Unidos se vio obligado a cambiar sus tácticas con el fin de lograr el mismo objetivo histórico de llevar los cambios mencionados a Cuba y aumentar su menguante influencia en lo que considera "su patio trasero".

A pesar de la afirmación de Obama, no existen en absoluto las bases para creer que se estaba llevando a cabo un proceso de normalización. Más aún, es posible hacer referencia a algunos pocos ejemplos que perforaron su hinchada bandera tachonada de estrellas. El primero es el permanente bloqueo estadounidense que Obama tan sólo modificó ligeramente (a pesar de sus amplios poderes ejecutivos que le hubiesen permitido hacer mucho más), mientras que impuso voluntariamente un número récord de multas a las organizaciones internacionales, financieras y de otro tipo, por sus relaciones comerciales con Cuba. Esto, por supuesto, endurece los efectos del bloqueo.

En segundo lugar, a pesar de sus poderes ejecutivos para hacerlo (y de contar con la mayoría de demócratas en el Congreso en su primer mandato), no clausuró la prisión de Guantánamo ni devolvió el territorio a Cuba. En tercer lugar, su administración prácticamente superó a todos sus predecesores en la asignación de fondos para la ejecución

de programas subversivos, con el apoyo de la CIA, para la "promoción de la democracia" en Cuba. En este sentido, algunos documentos publicados recientemente indican que, de 2014 a 2016, hubo una cantidad masiva de fondos provenientes de Estados Unidos, con apoyo de la CIA. Cabe recordar que esto tuvo lugar mientras la administración de Obama realizaba negociaciones diplomáticas con Cuba (lo que caracteriza, de forma insolente, esta nueva política de "normalización"), incluso después de anunciar públicamente la nueva política hacia Cuba. Así, muchas autoridades cubanas y analistas se preguntaban de qué tipo de normalización de trataba.

No obstante, contra toda evidencia, persistía la ilusión de la "normalización". Más aún, a principios de 2016, mientras que Obama planeaba su viaje a Cuba del mes de marzo, para coronar la firma de su principal legado en materia de política exterior, este ensueño fue aumentando, pasando de un serio blanco y negro a color.

Sin embargo, durante la visita de Obama a La Habana en marzo de 2016, la política de Estados Unidos hacia Cuba que fomentaba ese engendro de la imaginación de la "normalización", fue incluso más lejos, convirtiéndose en una superproducción de Hollywood en alta definición. El golpe al paroxismo fue orquestado a través de una proyección al estilo hollywoodense de la nueva imagen del imperialismo estadounidense, que tomó la forma de Obama y su séquito. Durante esos tres días de marzo, ¡nada parecía más "normal" en la escena internacional que las relaciones Cuba-Estados Unidos! Para algunos, se trataba de una euforia apenas velada.

Así, la "normalización" se afianzó aún más para algunos como un *hecho consumado*. Deliberadamente, la seducción reemplazó a la agresión abierta para lograr el inalcanzable objetivo, sostenido durante cinco décadas, de quebrantar la voluntad de Cuba a fin de llevar el archipiélago al dominio de los intereses de Estados Unidos. La "agresión" y la "seducción" están estrechamente relacionadas, no sólo literalmente, sino también políticamente, pues son dos caras de la misma moneda.

No obstante, dado el alto nivel de conciencia política de la inmensa mayoría de cubanos, éstos no se dejaron encantar por Obama, mimetizado en el flautista de Hamelín. No todos cayeron en esto. Inmersos en las ideas de Fidel, los revolucionarios cubanos desde el gobierno y la prensa tomaron inmediatamente la espada en la pluma y la palabra hablada para deconstruir la narrativa de Obama. Esto encendió el debate en Cuba. Sin embargo, fue el mismo Fidel quien asestó un golpe demoledor a las seductoras fantasías estadounidenses, la nueva táctica para reemplazar la agresión abierta.

¿Quién podría olvidar la ahora legendaria e irónica reflexión del Comandante titulada "El hermano Obama", donde Fidel despedazó la narrativa de éste? En esencia, Obama buscaba conquistar a los cubanos (por primera vez desde la ventajosa posición de Estados Unidos actuando al **interior** de Cuba) a través de la idea de que su futuro se encuentra ligado a la benevolencia de Estados Unidos. Como dijo Obama el 17D (evocando la noción de los peregrinos puritanos del siglo XVII acerca del surgimiento de Estados Unidos como el "pueblo elegido"): "Algunos de ustedes nos han buscado como fuente de esperanza, y continuaremos alumbrando una luz de libertad." Esta concepción errónea de compartir posibles intereses y "valores comunes", conduce a la falsa noción de que, las relaciones diplomáticas, combinadas con unas pocas medidas cosméticas, conducen a la "normalización".

La propuesta evangelizadora de Obama a los cubanos incluía un llamamiento a "derribar las

barreras de la historia y la ideología" −como lo dijo él, con el fin de construir el mito de la fácil compatibilidad entre los dos sistemas. Un deslizamiento hacia la conformidad mutua sólo podía significar que Cuba renunciara a sus principios. ¿Podría acaso Estados Unidos renunciar a su sistema político y económico para identificarse con Cuba y así facilitar la "normalización"?

"El Hermano Obama" de Fidel es tan sólo un ejemplo entre muchos que muestra su desconfianza en la meta estadounidense de subvertir la revolución por medio de tácticas cambiantes. Esta idea Fidelista ha sido repetida de muchas formas desde 1959. Por ejemplo, hace varias décadas él afirmó que **"Incluso si algún día mejoran las relaciones entre Cuba socialista y el imperio, el imperio no cesará de aplastar la Revolución Cubana…"** (El autor está en deuda con el periodista Patricio Montesinos y Cubadebate por llamar esta cita a nuestra atención).

Para dar un ejemplo más, tan sólo un mes después del 17D, Fidel escribió una misiva a los estudiantes universitarios:

"No confío en la política de Estados Unidos ni he intercambiado una palabra con ellos, sin que esto signifique, ni mucho menos, un rechazo a una solución pacífica de los conflictos o peligros de guerra" (27 de enero de 2015).

El pensamiento de Fidel puede ser sintetizado de esta manera: sí a las relaciones diplomáticas buscadas desde 1959; no a la confianza en el objetivo de largo plazo de Estados Unidos, escondido tras el espejismo de la normalización *ad infinitum*.

Conmemoramos el primer aniversario del fallecimiento de Fidel, sucedido tan sólo unas pocas semanas después de la inesperada victoria de Trump. Esta nueva administración estadounidense inició el cambio de la política seductora de Obama hacia una narrativa hostil y agresiva, combinada con las correspondientes medidas para endurecer el bloqueo, mientras mantiene relaciones diplomáticas como la principal característica de la apertura de Obama.

En el contexto de la política de Trump hacia Cuba, los dogmas del mito de la "normalización" −alentados por la casi total oposición mayoritaria y generalizada en Estados Unidos y en el extranjero a la política de Trump hacia Cuba− ahora han intensificado la promoción del cuento de la "normalización" de Obama. Aprovechando el hecho de que la política de Obama hacia Cuba pareciera tan inmaculada en comparación con la de Trump, ¿quién se atreve a argumentar que Obama no deseaba la "normalización", hacia la cual él dio el primer paso? ¿Quién puede cerrar los ojos ante el hecho de que la política de Obama está siendo pasada por alto por Trump? Asociar a Obama con la "normalización" es "políticamente correcto" en algunos círculos, hasta tal punto que se supone que todo comentarista disidente puede ser intimidado por esta esperada opinión hegemónica acerca de las relaciones Cuba-Estados Unidos.

¿Ha perdido vigencia la resistencia fidelista frente a la narrativa de la "normalización" como una solución mágica? ¿Ya no son aplicables sus claras ideas acerca del uso oportunista de los cambios tácticos por parte del imperio para alcanzar los mismos objetivos elusivos de dominación?

Independientemente de quién ocupe la Casa Blanca, las relaciones Cuba-Estados Unidos nunca serán las mismas a las existentes antes del 17D. Las incursiones ideológicas y

políticas de EE.UU. en la cultura socialista de Cuba después del 17D, aunque relativamente marginales, toman nuevas dimensiones con nuevos partidarios. Un observador serio no podría ignorar, por ejemplo, que entre algunos jóvenes y cuentapropistas del sector privado existen opiniones positivas preconcebidas acerca de la sociedad, la cultura e incluso el sistema político estadounidense. Consideremos esto como un indicador de la opinión de que las incursiones culturales de Estados Unidos trascienden los mandatos presidenciales: ¿Ha disminuido la proliferación de banderas estadounidenses en las calles de La Habana, desgastadas como ropa (después de aumentar con la nueva política hacia Cuba del 17D de Obama, y luego de ampliarse después de su visita a La Habana) después de la elección de Trump y su retórica agresiva? No. De hecho, esta tendencia hacia un constante aumento no presenta ningún signo de disminución, a pesar del hecho de que Trump es la cabeza del imperio y su rostro es visible, junto con la bandera. El nuevo presidente está sacando provecho del legado de Obama de irrupción en la cultura socialista cubana.

A manera de una última reflexión en estos días, cuando examinamos la vigencia del pensamiento de Fidel: ¿Qué sucederá si los demócratas reconquistan el poder presidencial en 2020? Si esta tendencia continúa –creando ilusiones acerca de la "normalización" y su corolario de un sistema político y económico para Cuba más cercano al de Estados Unidos que a la Revolución Cubana– ¿qué ocurrirá en noviembre de 2020? Los sistemas socialista y político de Cuba serán el objetivo de una ofensiva ideológica y política coordinada y sin precedentes, basada en el sueño hecho realidad de la "normalización" con los demócratas.

El pensamiento de Fidel acerca de las relaciones Cuba-Estados Unidos no solamente sigue vigente en la actualidad, sino que representa una lucha de vida o muerte por conservar y ampliar la Revolución Cubana. Las ideas de Fidel constituyen el más importante referente, –hoy y mañana– en las relaciones Cuba-Estados Unidos, para todos aquellos quienes estamos comprometidos en la defensa de la Revolución Cubana.

Sus ideas no sólo enmarcan el contenido como una guía sólida e insustituible, sino que igualmente resulta importante la forma que utilizaba Fidel para presentar sus ideas. Él afirmó y expresó sus ideas con valor –con precisión en su forma de comunicar– en defensa de la Revolución Cubana. Este fue su único criterio.

Un año después de su fallecimiento, las ideas de Fidel y su heroica actitud al declararlas están más vigentes que nunca. Su ejemplo sobresale no sólo para los cubanos, sino para los revolucionarios de todo el mundo.

Arnold August

Arnold August: *Periodista y conferencista canadiense, es el autor de los libros Democracy in Cuba and the 1997–98 Elections (1999), Cuba y sus vecinos: Democracia en movimiento (2014) y Relaciones Cuba-EE.UU.: ¿Que ha cambiado? (2018). Es un colaborador de teleSUR. Twitter: @Arnold_August FaceBook: Arnold August.*

La fuente original de este artículo es TeleSUR
Derechos de autor © Arnold August, TeleSUR, 2017

Comentario sobre artículos de Globalización en nuestra página de Facebook
Conviértase en miembro de Globalización

Artículos de: **Arnold August**
http://Guillaume

Disclaimer: The contents of this article are of sole responsibility of the author(s). The Centre for Research on Globalization will not be responsible for any inaccurate or incorrect statement in this article. The Center of Research on Globalization grants permission to cross-post original Global Research articles on community internet sites as long as the text & title are not modified. The source and the author's copyright must be displayed. For publication of Global Research articles in print or other forms including commercial internet sites, contact: publications@globalresearch.ca

www.globalresearch.ca contains copyrighted material the use of which has not always been specifically authorized by the copyright owner. We are making such material available to our readers under the provisions of "fair use" in an effort to advance a better understanding of political, economic and social issues. The material on this site is distributed without profit to those who have expressed a prior interest in receiving it for research and educational purposes. If you wish to use copyrighted material for purposes other than "fair use" you must request permission from the copyright owner.

For media inquiries: publications@globalresearch.ca